

### Premio del carácter

Los colombianos, como hombres del trópico, tenemos una imaginación excesivamente desarrollada; y si esta facultad creadora es de singular importancia en el arte, no suele suceder lo mismo en el curso agitado y cambiante de nuestra vida. La imaginación es la locuela de la casa, y hay que hacer esfuerzos constantes por detener sus giros de fugaz y movable mariposa. Si la falta de lógica nos pierde, según frase común, el exceso de imaginación nos extravía y conduce por inextricables laberintos.

A todos los hechos ordinarios de la existencia nos hace darles un alcance que no tienen nuestra ardiente y fogosa facultad imaginativa. El mismo lenguaje de la prensa diaria está confirmando esta verdad. En Bogotá y en toda la extensión de la República no hay acontecimientos simplemente desgraciados, sino que todos, sin excepción, alcanzan los límites de la *tragedia de ayer*.

Nuestra literatura no ha salido aún de los linderos de la poesía lírica; y de este modo se explica cómo en un siglo de prodigioso ensanche de nuestro horizonte intelectual los demás géneros literarios estén entre nosotros dando los primeros infantiles pasos. No tenemos ni novela ni teatro, en tanto que otras naciones hermanas han explotado muy ricos y ocultos veneros en todos los otros departamentos de la actividad literaria.

No podemos negar que tenemos talento no común. Así se comprende cómo las personas más indoctas pueden disertar en los diarios sobre temas que exigen estudio y comprensión singular, y que tocan a la esencia misma del arte, de la ciencia y aun de los más valiosos fundamentos sociales. Palabras, palabras, palabras, nada más que palabras, decía Hamlet.

Nos falta, con todo, la educación de la voluntad. Casi nada. La máquina más útil será un estorbo mientras no

se la entreguemos al obrero inteligente que la ponga en movimiento. Vivimos con el día. Somos incapaces de realizar una obra que represente la tenaz energía de un espíritu que, con los ojos en la meta lejana, no le ceda un instante ni a la pereza ni al ocio. Somos la imagen de aquel Sísifo de la profunda concepción griega, el cual, condenado por inmutable decreto, conduce sobre sus hombros a la cumbre de un monte un enorme canto de piedra que de ahí rueda al abismo, para ser llevado a la altura de nuevo, y así por siglos de siglos. Apenas alcanzamos a columbrar la cima anhelada retrocedemos como temerosos de violar la consigna fatal de no realizar obra ninguna.

A vigorizar la voluntad es a lo que debe tender la incesante tarea del maestro. Ante los miserables resultados de la educación que la República le ha dado a sus hijos, quedamos un tanto descorazonados. Los caracteres menguan más y más cada día, y un hombre de conciencia recta es un fenómeno que ya puede considerarse milagroso. La escuela primaria es la que debe formar los caracteres íntegros, y no siempre cumple esta alta misión, sin la cual los conocimientos adquiridos antes empecen que secundan los verdaderos fines morales de la educación.

Tenemos que confesar que la educación de la Colonia, casi nula, es verdad, en lo tocante a la instrucción primaria, fue admirable para la formación de los hombres que protegió en sus aulas, sobre todo en las del Colegio del Rosario. El más duro rigor presidió a la educación de los jóvenes en el Virreinato de la Nueva Granada; y hoy, cuando miramos las austeras figuras de los Rectores del viejo Instituto, con sus ojos excrutadores, sus labios bellos, como hechos sólo para la reprensión o la plegaria en áspero latín, apretado contra el pecho el amarillento infolio de pergamino, lleno de rígidos aforismos escolásticos, sentimos como profundo miedo de encontrarnos solos con ellos, al toque de ánimas, en la penumbra del claustro.

El látigo no fue blando sobre las espaldas de los estudiantes (la letra con sangre éntra); y sin embargo del Colegio de Fray Cristóbal de Torres salieron esos hombres sabios e indómitos que asombran con su heroísmo, porque impávidos ante los peligros y la muerte, sólo tuvieron una consigna: la patria y el deber cumplido siempre, costare lo que costare, como un imperativo de la conciencia.

Somos los primeros en reconocer que comunicar luces al entendimiento del niño es uno de los más hermosos objetivos en la escuela primaria. Las matemáticas fortalecen el espíritu y por sí mismas constituyen una especie de lógica de fecundos alcances posteriores. La grámatica, bien enseñada, depura el lenguaje y pone al niño en capacidad de penetrar en el alma de los hombres que escriben y piensan. Es uno de los primeros elementos de cultura estética y un excelente auxiliar de la inteligencia en cuanto a las generalizaciones ideológicas. La historia patria despliega ante los niños, como en amplio telón, los hechos más grandiosos de la República, y les muestra los hombres que la han conducido desde lejanos tiempos. ¿Pero esto solo vale?

Todos estos preciosos elementos educativos de muy poco sirven si no se retempla el carácter al par que se le inculcan nociones a la mente. Concedemos un premio de aplicación, en que con frecuencia no se premia el esfuerzo tenaz del niño de medianas capacidades, sino el desarrollo de la memoria en ciertos chicuelos favorecidos por la naturaleza con este dón engañoso. Discernimos un premio de conducta, que alcanzan a menudo muchachos tan hipócritas y gazmoños como lisonjeros del maestro. Son éstos los detectores de mañana, los mezquinos aduladores futuros, los menos dignos de recompensa, porque precisamente lo que se necesita desde la escuela y en todas las aulas es alcanzar victoria sobre el pequeño fariseo haciéndolo noble, franco y generoso.

¿Se les inculcan a los niños desde la escuela las ideas de rectitud que han de guiarlos mañana como miembros de una sociedad cristiana y como ciudadanos de una república democrática? Estamos lejos de creer en la falta absoluta de estas nociones en la escuela; pero quizás no se comunican con la eficacia debida. A veces la culpa no es sólo del maestro. Es que la sociedad no lo secunda. La obra de la educación no puede llevarse a cabo sin el concurso de la sociedad y del maestro. Si uno de los dos términos desaparece, desaparece también la armonía del conjunto. Por desgracia el maestro de escuela agoniza sólo en su tarea ante la indolencia general. Las gentes de calidad en los municipios, casi siempre personas tan vanidosas como ignorantes, miran de soslayo al infeliz operario que gasta los mejores años de su vida en una labor así de noble y fecunda como dolorosa e ingrata.

Es preciso, es urgente, es apremiante trabajar por la rígida formación del carácter en las escuelas. Hay que conceder un premio grandioso, si así puede llamarse, que se llame premio del carácter. A este premio se hará acreedor únicamente el niño que dé muestra de una benevolencia noble y sostenida; al que en un momento grave ostente una espontánea generosidad de alma; al que aparezca como magnánimo y fuerte ante una inmerecida agresión; al que esté pronto a la divina virtud de perdonar; al que rinda a la gratitud homenaje verdadero; al que dé señales inequívocas de amor consciente y puro a la religión y a la patria, sin esperanza de medro personal, y en suma, al que anuncie ya una voluntad dominadora de los rebeldes instintos de la condición humana.

Digámoslo una vez y otra vez: sin caracteres morales templados en horno de fuego por el maestro de escuela, no habrá salvación para la República: sobra la escuela.

LUIS MARIA MORA